

Capítulo 1

A veces, pensaba que lo veía. Su rostro se me aparecía por las esquinas, donde perdía el tiempo, arañaba las sandalias con el bordillo y balanceaba su cuerpecito de lado a lado mientras movía los pulgares por debajo de la banda elástica de sus pantalones cortos. Lo veía junto a las puertas abiertas de los coches, alzando los brazos para agarrarse al tapizado y trepar por él hasta sentarse en la parte trasera. Estos coches siempre eran modernos y cómodos, de diseño familiar, para las madres que llevaban a sus hijos al colegio... lo cual era una idea descabellada por sí sola, ya que los únicos vehículos en los que habíamos viajado eran una serie de furgonetas destartaladas y abolladas con arcoíris, flores o el sol y la luna pintados en uno de los laterales con una paleta de colores vivos muy variada. Eran trampas mortales psicodélicas. Lo veía correteando por la calle. Su pelo oscuro se levantaba con cada movimiento y la mochila le rebotaba en la espalda, aunque nunca había ido al colegio ni había tenido una cartera. Pero estas alucinaciones no seguían unas normas, y me había acostumbrado a lo absurdas que eran. En ocasiones, veía una mano que lo agarraba, le ayudaba a levantarse, tiraba de él hacia delante y me lo arrebatava de nuevo.

Sufría estos delirios desde hacía un tiempo, aunque no recordaba exactamente cuándo habían empezado. Quizá estuviesen ahí desde el principio. Y era consciente de que las al-

tas dosis de marihuana que consumía no mejoraban la situación. Puede que pensara que, si venía a Irlanda, me libraría de ellas, que sería como sacudir un paraguas para deshacerse de las gotas de lluvia. Pero aquel día, en el tren procedente de Dublín, cuando el sueño empezaba a apoderarse de mí y mi aliento empañaba el cristal de la ventana contra la que me había apoyado, soñé que oía el delicado batir de las olas contra la orilla y que lo veía de pie sobre un banco. Tenía el cabello despeinado, la piel de la parte superior del brazo erizada y una postura orgullosa y feroz. La barriga le sobresalía hacia delante, al igual que la barbilla, y mantenía la vista fija en el mar, cuyas olas bañaban la orilla a un ritmo constante. Hacía mucho tiempo que tenía el mismo sueño, así que, de algún modo, estaba preparada. Ya había ensayado mi papel de espectadora y soñadora; seguía sus lentos pero decididos movimientos y sus pies descalzos, que caminaban con dificultad sobre la arena suave mientras pensaba que los fragmentos de conchas se le debían de clavar en sus delicadas plantas. Nunca hablaba con él ni lo tocaba en esos sueños. Mantenía las manos inmóviles y pegadas a ambos costados del cuerpo al tiempo que caminaba hacia la orilla, como si el mar lo llamara. Al verlo, recordaba sus primeros pasos, la manera en que levantaba las manos a ambos lados del pecho, con los codos flexionados mientras avanzaba balanceándose, preparado para aterrizar en el suelo. Noté la misma sensación en el pecho que entonces, la ligera expectación que se apodera de ti antes de una caída.

Quizá era porque ya lo había soñado antes, o puede que fuese debido a la repentina sacudida del tren cuando se detuvo, pero logré despertarme justo antes de que el agua le salpicara las espinillas y me libré de aquel golpe a traición directo al corazón. A través de la confusión difusa propia del

final de un sueño, una voz anunció el nombre de la estación y me percaté de que había llegado. Efectivamente, ya me esperaban en el andén; uno con una sonrisa atenta y ansiosa, y, el otro, el más joven, con una mirada solemne y lúgubre. Me sentí presionada, débil y un poco mareada mientras recogía mis pertenencias. Poco después, bajé al andén y Sorcha estaba delante de mí.

—Lara —dijo.

Me observaba de una forma particular. Sus ojos eran un reflejo de su alma y en ellos veía mi vida entera y lo que ella pensaba al respecto, la imprudencia de mis viajes, la despreocupación de mis relaciones, mi caprichosa existencia y el hecho de que para ella no era ninguna sorpresa que hubiese regresado como lo había hecho. Pero también vi comprensión en ellos y, cuando me abrazó, me sorprendí al notar que se me acumulaban lágrimas en la base de la garganta. Tragué saliva para desterrarlas a las profundidades de mi estómago. Cuando Sorcha me soltó y dio un paso atrás, vi un brillo en sus ojos mientras me escudriñaba. A pesar de mi férrea voluntad, percibí un antiguo sentimiento de ira mientras me observaba con una mirada triste y melancólica.

—Vamos —dijo con dulzura—. Tengo el coche fuera.

El coche era un viejo Mercedes grande de un tono verde oliva con tapicería de cuero color crema. Era una auténtica joya *vintage* desvencijada. No le pegaba a Sorcha en absoluto. Al aferrarse al volante, se la veía enana en comparación con la máquina. Estaba sentada en el borde del asiento con la espalda completamente recta y tenía la vista fija en la carretera. Parecía inquietantemente desorientada en un mar de cuero mientras perforaba el ambiente con sus preguntas. Los árboles proyectaban sombras sobre el parabrisas al tiempo